

MIGUEL ANGEL UGARTE, *Arequipeñismos*.—Arequipa, 1942. viii, 80 pp.

Esta obra, cuya publicación esperábamos con verdadero anhelo cuantos nos dedicamos al estudio de los caracteres del castellano en América, amplía una tesis doctoral que el autor presentó a la Universidad del Gran Padre San Agustín, en 1934. Un Vocabulario de mil doscientas veinte palabras y una Advertencia forman el interesante folleto.

En la "Advertencia", Ugarte menciona a los que han estudiado en diversas épocas los arequipeñismos: Juan de Arona, don Ricardo Palma, don Germán Leguía y Martínez, don Francisco Mostajo, y se refiere a sus respectivas obras. De todas ellas la más importante para el conocimiento del lenguaje arequipeño es, no obstante su carácter periodístico, la de Mostajo, no sólo por el respaldo de la inconmensurable ciencia de todo lo de su tierra que posee el ilustre catedrático de San Agustín, sino también por su criterio lexicológico. Ugarte no puede dar opinión crítica de esta clase porque no conoce el inédito y valioso *Diccionario* de Leguía y Martínez, cuyo manuscrito original está en mi poder.

El criterio seguido en el "Vocabulario" acoge, además de los arequipeñismos no incluidos en el Diccionario de la Real Academia Española, las palabras que en éste quedan registradas como peruanismos o americanismos en general y son usuales en Arequipa. Para cada vocablo, en su respectivo artículo, consigna Ugarte la clasificación morfológica indispensable, muchas veces la etimología, y el significado usual en Arequipa, sucintamente expuesto. Cuando pone ejemplos comprobatorios emplea oraciones que ha oído y no citas de la prensa o la literatura.

Para el fin que se propone el autor, el folleto cumple con su propósito en lo fundamental. Creo que *Arequipeñismos* será siempre una obra de indispensable consulta por la cantidad de sus datos, la mayor de todos los trabajos sobre su tema, y por la calidad de su realización muy meritoria.

Formularé aquí algunas observaciones que podrán servir, más tarde, al mismo Ugarte en la segunda edición de su folleto, que debe salir pronto, por el mismo carácter de auxiliar en las tareas escolares de Gramática a que lo dedica su autor, y por ahora, a quienes deseen aprovechar mejor su importante lectura.

Refiérese la primera a la ausencia de ciertas etimologías. La palabra "faite" (p. 19) se deriva del inglés "fighter": guerrero, peleador, duelelista.

"Guadameco" (p. 42) para significar la bolsa de tela en que llevan los colegiales sus libros y papeles, es la deformación de "vadamecum", de idéntica acepción.

"Chufly" (p. 33) es un anglicismo popular. Conozco su etimología gracias a la gentileza de un excelente conocedor del idioma inglés, mi amigo el señor don Roberto A. Allison. Sabía yo, por tradición oral, que

hace cincuenta años repetíase burlescamente en Lima una copla de los marineros y bichicumas que decía, en la versión deformada de los criollos,

Chufly don bay de mi,  
Chufly ti yi sin si.

Pues bien, Allison, a quien consulté sobre el particular, ha escrito lo siguiente:

“El texto original en inglés del primer verso es:

Chufly, don't bother me!  
(¡Caramba, no me fastidien!)

“Chufly” es una interjección usada por el bajo pueblo, probablemente mucho más fuerte que caramba, más soez y vulgar, que denota disgusto, cólera, contrariedad. Concede a la frase un significado más expresivo sin duda que la traducción literal. El término no lo emplea nunca la gente culta. Es propio únicamente de la ínfima clase popular, sin duda por su sentido grosero. En los cantos de la marinería, cuyo personal solía provenir antaño, a veces, precisamente de esa clase, no resulta extraño que aparezca dicha palabra. El segundo verso, aproximadamente —ya no con la exactitud del recuerdo, sino sólo con la posibilidad de la deducción— podría interpretarse así:

Chufly (with) your song of the sea!  
(¡Caramba con tu canción de mar!)

o también de esta manera, muy semejante a la anterior:

Chufly to you, song of the sea!  
(¡Caramba contigo, canto de mar!)”

Y cerraré este párrafo con el dato que me ha suministrado la señora doña Ester, viuda de Cluzel, de que las niñas del Colegio inglés de Mollendo cantaban, a hurtadillas de sus maestras, una copla de esta misma familia:

Chufly don't bother me!  
Don't sing your song to me!  
(¡No me cantes tu canción!)

“Fundillo” (p. 40) es deformación de fondillos, que tiene su mismo significado.

Corre en Arequipa la expresión *ser una uta* (huta escribe Ugarte en la página 49) para ponderar la viveza, astucia y poco escrúpulo de alguien. En Lima también se usa y a menudo agregándole el calificativo de *venenosa*, con lo que se refuerza el sentido. Bien. Dice Ugarte que posiblemente se deriva del quechua huto, fruto podrido. Sí, ése es el antecedente lejano, pero el mediato resulta sin ninguna duda otro: *uta*, horri-

ble y contagiosa enfermedad de ulceración cutáneo-mucosa, endémica en ciertos lugares del Perú y producida por un protozooario del género *Leishmania*, y por extensión el insecto —distinto según las localidades— que suponen propaga la enfermedad. De paso advertiré que *ut'u* es la raíz adjetival de carcomido, lo que explica el nombre de la terrible dolencia.

“Poto” (p. 67) como trasero, viene del mapuche poto, de igual significado.

Creo que en casos como el de “colque” (p. 20) al citar el vocablo quechua originario del peruanismo, debe darse la significación de aquél, aunque sea la misma de éste, a fin de evitar confusiones.

Mi segunda observación se refiere a los defectos de ciertas definiciones. Así la de *cocoliche* (p. 20) como “muñeco gracioso que sólo tiene movibles los brazos” puede inducir a error. La mayor parte de los cocoliches (también llamados en Lima *chumbeques*), por ser de celuloide, tienen los brazos movibles, pero hay cocoliches de loza, yeso u otro material sin esa característica. El cocoliche no es sino una caricatura de Cupido.

Igualmente falsa encuentro la definición de “chancaca” (p. 26). No es de azúcar, sino de melaza solidificada en panecillos o tapas de diversa forma.

Poco clara y exacta me parece la definición de “puna” como “los lugares más altos de la Cordillera” (p. 67), pues podría aplicarla quien no tuviera especial versación en geografía peruana a las cimas de los montes, cuando debía hacerlo a las dilatadas altiplanicies o páramos que se alzan entre los 4,100 y 4,800 metros sobre el nivel del mar.

Algo tengo que decir acerca de la terminología vegetal y animal. Declara Ugarte en su “Advertencia” que, por falta de conocimientos científicos, no se ha preocupado “mayormente en consignar (los nombres) correspondientes a la fauna y a la flora”. Sensible omisión, pues forman un capítulo muy importante en el lenguaje popular. Entre las palabras peruanas que designan plantas y animales hállanse curiosos fenómenos semánticos. A su premeditada escasa preocupación por este asunto atribuyo las malas definiciones de “achojcha” (p. 2), “curi” (p. 24), “chillihua” (p. 30), “huairuro” (p. 44), “murmunta” (p. 56), “parihuana” (p. 61) y la supresión casi metódica de los utilísimos, irremplazables, nombres latinos, que tanto facilitan la identificación de las especies.

Cuanto a los términos envilecidos o indecentes —he aquí la tercera observación—, ha debido anotar la circunstancia de su empleo. Tal dato es imprescindible y su falta puede llevar a equivocaciones al lexicólogo extranjero.

“Pizca” (escrito pisca en la página 65) es voz de la lengua general castellana y no regionalismo.

Por último, apuntaré una observación de ortografía. No hay razón para escribir con c, como lo hace en la página 20, las palabras “singa” (raja de la corteza de la caña del maíz) y “singar” (descortezar dicha

caña), tanto porque derivan del runa simi, que no tiene el fonema interdental, cuanto porque dicho sonido se desconoce en la fonética del peruano.

Antes de terminar quiero agradecer a Miguel Angel Ugarte las repetidas menciones, muy generosas, por supuesto, que de mi persona y obra hace en su folleto. Para la publicación de mi *Diccionario* en preparación y para todas las que se escriban sobre nuestro castellano, su obra será una inestimable fuente de comprobación y de hallazgos para estudiar, dignamente, el riquísimo lenguaje arequipeño, por decir lo menos, uno de los más pintorescos, interesantes y peruanos del país.

\* \* \*

JUAN DONAIRE VIZARRETA, *Campiña iqueña*. Aspectos Folklóricos.—Lima, Imprenta La Moderna, Calle de Santa Catalina, 1941. 136 pp.

Este del notable folklorista iqueño, es uno de los más valiosos libros sobre costumbres peruanas que han salido en los últimos años, felizmente caracterizados —en compensación de tanto síntoma desconsolador y extranjerizante— por la afición a narrar con cariño y ciencia las usanzas peculiares del país. Reúne la obra de Donaire cualidades muy dignas del aplauso que le rinde su prologuista el ilustre don José Miguel Vélez Picasso. En fácil y sencilla elocución, a veces ataviada de lírica nota soledosa, con veracidad fotográfica, con noble amor al terruño, presenta el autor una serie de cuadros del campo de Ica, feraz en su tierra sedienta y acogedor en sus aldeas pintorescas. La sola enumeración de los aspectos tratados demuestra su importancia y sabor: la trilla de los pallares, la poda en los viñedos, la saca del aguardiente, la yunsa carnavalera, las devociones tradicionales, los recuerdos del santo Padre de Guatemala...

Todos los capítulos enseñan algo, pero juzgo particularmente importante el minucioso artículo que dedica Donaire a los *cantores*. Son éstos repentistas populares que al són de cierta música llamada *socavón*, improvisan versadas sobre los más diversos asuntos que interesan a sus oyentes campesinos. El metro favorito de los cantores iqueños es la décima, compuesta tradicionalmente de una cuarteta —la *glosa*— en que se propone el tema de toda la composición y cuatro décimas propiamente tales que desarrollan los versos de la glosa. Usando dichas estrofas, los cantores se ejercitan muchas veces en animados concursos o contrapunteos más o menos enardecidos. La reseña de Donaire, que trae varias décimas, todas, por sus referencias, iqueñas de verdad, es muy interesante para la historia de los repentistas peruanos. Además de los que cabría llamar improvisadores cultos, como fueron, entre otros, el famoso Padre Chuecas, a quien es frecuente atribuirle ajenas historietas y décimas, y el Mayor Beltrán, ambos recordados con bastante detalle por el cronista don Ismael Portal en *Cosas limeñas*, sólo se tenía noticia de los impro-